

# De nadaístas, “cocacolos” y *hippies*,

expresiones juveniles en la Medellín de los años sesenta

Diego Alexander Herrera Duque

La juventud, ese momento de la vida en el que los seres humanos despertamos a la sexualidad, aceleramos la formación de nuestras facultades intelectuales y empezamos a vivir con mayor libertad, cobró un protagonismo indiscutible en Occidente en la década de 1960. En estos años, entre Guerra Fría y expansión de la sociedad de consumo, entre libertad y represión, entre urbanización masiva y abandono del campo, los jóvenes occidentales se hicieron sentir para dejar ver su posición, exigiendo ser escuchados, participando de los cambios y dejando ver una peculiar sensibilidad cultural, social, estética y política.

Una mayor libertad en las costumbres sexuales, un aumento del consumo de drogas, el rock y el *Pop Art* como voz y expresión estéticas, sumados a una protesta generalizada, manifestación del inconformismo y del enorme conflicto generacional, fueron los elementos distintivos de una juventud que marcó una época con su individualismo y con sus deseos de reconocimiento, libertad, igualdad y justicia social.

A pesar de la indiscutible influencia de la religión católica en asuntos morales, la población colombiana no fue ajena a los movimientos que en Occidente estaban surgiendo, gracias al importante papel que jugaron los medios masivos de comunicación en la difusión de esta nueva cultura, a las rupturas juveniles en el propio país, tales



Manifestación de universitarios en 1965, pidiendo la destitución del gobernador Mario Aramburu Restrepo. La imagen muestra la gran participación femenina en las protestas. (*El Correo*, Medellín, mayo 13, 1965, p.7).

como el movimiento nadaísta, iniciado en Medellín en 1958 por el poeta Gonzalo Arango, y a las revueltas estudiantiles. Estos síntomas anunciaban un cambio de valores decisivo en el país, jalonado, como en el resto de Occidente, por las juventudes.

En Medellín y los demás centros urbanos, los jóvenes recibieron lo que sus semejantes occidentales les estaban presentando. En cuanto a la nueva actitud frente a las relaciones entre sexos, los jóvenes de Medellín se hicieron más francos a la hora de entablarlas, a pesar de la pureza, el pudor y el recato que exigía la moralidad vigente. Esto fue alentado por una disminución en los riesgos de contraer enfermedades de transmisión sexual o enfrentar un embarazo no deseado, gracias a los avances en la difusión de métodos e información sobre anticoncepción promovida por entidades como Profamilia y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, instituciones nacidas en estos candentes años.

Las jóvenes medellinenses fueron las protagonistas en la ciudad de la “revolución sexual” que se presentó en el decenio de 1960. Ellas comenzaron a mostrar más libertad de decisión sobre sus cuerpos, a

salir, a divertirse solas con mayor frecuencia, a tener relaciones sexuales prematrimoniales, a decidir la pareja que deseaban, a elegir cuándo ser madres... todo gracias a la nueva posición que habían logrado y a los derechos alcanzados.



Coreografía del grupo bogotano The Twisters durante una presentación en la Feria Internacional de las Flores realizada en Medellín en 1962 (Carlos Rodríguez, Foto reporter, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura, Universidad de Antioquia)

Paralelamente, en estos años se presentó en la ciudad un aumento en el consumo de psicoactivos, especialmente de marihuana; sin embargo, éste no estuvo tan ligado a experiencias místicas y creativas, como en otros lugares de Occidente, pues además de los nadaístas y de algunos *hippies* locales, no existieron en la ciudad grupos que promovieran abiertamente el consumo con estos fines. El uso, entre los jóvenes de todas las clases sociales, estuvo encaminado más hacia la lúdica y el ocio.

Con respecto a la música, nuevos ritmos fueron aceptados rápidamente por la juventud de Medellín. Pronto surgieron

grupos locales como los *Teen Agers*, Aníbal Ángel o los Yetis, que al ritmo del *rock and roll*, del *twist*, del *surf*, y del *rock*, le dieron un esplendor efímero a la música juvenil en la ciudad. La llegada de estos aires musicales coincidió con un momento en que la música tropical de salón, como el mambo, el cha cha chá, la rumba, la guaracha, el merengue, el merecumbé y el porro, al lado del tango, la ranchera, el bambuco y el pasillo, dominaban la escena musical.

La ciudad se movía al compás de los acordes modernos. El fenómeno causado por *Los Beatles* en la década de 1960 llegó al país: desde marzo de 1964, año en que la ‘beatlemania’ se extendió por el mundo, se anunciaba que “cuatro ‘mechudos’ ingleses, provistos de guitarras eléctricas y vestidos con trajes ceñidos”, estaban “conduciendo hasta el paroxismo a la juventud” que los escuchaba. En agosto de ese mismo año se estrenó en el Teatro Ópera de Medellín la primera película de esta agrupación de Liverpool, *A hair day’s night*, llevada al español con el título *Qué día el de aquella noche*, dándose inicio a la fiebre local por esta agrupación.<sup>1</sup>

Pero en “La tacita de Plata”, al igual que en el resto del país, los cambios en la juventud no fueron estructurales, y en últimas fueron el comercio y la industria del entretenimiento los que más resultaron beneficiados con la explotación comercial del fenómeno juvenil que se produjo en esta década. “Cocacolos”, “kolcanitas”, “ye-yés” y “go-gós”, fueron los nombres con los que

se conocieron a las nuevas generaciones ávidas de consumo. Los modelos y las pautas que los jóvenes estadounidenses fueron imponiendo en Occidente, las recibieron y adaptaron los muchachos colombianos debido a la enorme influencia de medios de comunicación como el cine, las publicaciones, la radio y la televisión.

La industria y la prensa local no tardaron en darse cuenta del potencial comercial que representaban los jóvenes con sus gustos y modas. Las casas disqueras nacionales comenzaron a grabar música de agrupaciones juveniles de la ciudad, que compitieron con las figuras latinoamericanas de la “nueva ola” por la mayor popularidad entre ellos. Las emisoras y las marcas comerciales crearon clubes juveniles. El gobierno local acondicionó sitios para jóvenes. En los cines se comenzaron a presentar películas con temática juvenil, creando de esa forma un mercado orientado exclusivamente a ellos mismos.

La empresa privada tuvo mucha influencia en difundir el interés por la nueva cultura que se estaba gestando en Occidente. En Medellín, para ganar la atención de los jóvenes en sus productos, los publicistas y dueños de marca, realizaron concursos, caravanas, impusieron modas y llevaron a cabo conciertos como los “Milo a go-gó”, entre otras actividades. Clubes juveniles, concursos de orquestas, festivales de la juventud y muchos otros eventos fueron

utilizados por las empresas nacionales y extranjeras para tal fin.<sup>2</sup>

El inolvidable nadaísta Gonzalo Arango describe en un texto, publicado en la época, al “cocacolo”, claro prototipo de los jóvenes protagonistas de esos años: “Es un tipo adónico que no ha llegado a la edad de la razón, en el sentido que no ha aceptado la vida como acontecimiento serio, con deberes, responsabilidades y compromisos[...]. Es una existencia vacía de ideales, más cerca de las emociones que de la reflexión. Cambió en un excelente



negocio la metafísica y el cielo por el deporte y el baile; las iglesias por los estadios olímpicos; la biblioteca por la cancha de tenis; las aulas académicas por el cinematógrafo; se cuida más su apariencia física que la vida interior[...]. En lugar del arduo sendero de la virtud eligió la satisfacción de los instintos naturales[...]. Perfumado, seductor, sufre el éxtasis del bolero, y siente la fascinación voluptuosa del *rock and roll*. Su ideal intelectual es ser librepensador[...]. Le gusta ser comunista y

existencialista para desobedecer a sus padres y para que sus amigos piensen que es un inconformista y un revolucionario[...]. En la posibilidad de elegir su forma de amar escogería el amor libre[...].”<sup>3</sup>

El ideal de juventud estaba orientado hacia unos jóvenes, hombres y mujeres buenos estudiantes, buenos profesionales, católicos, respetuosos de la moral, castos y ojalá alineados en las bases de uno de los partidos tradicionales; aquellos que estaban en contra de alguno de esos aspectos eran mirados con

Titular de primera página del diario *El Correo* de Medellín del 11 de julio donde se anuncia el castigo impuesto a los nadaístas por las autoridades religiosas, luego de que sabotearan una de las ceremonias realizadas durante la Gran Misión en 1961. sospecha y señalados como

rebeldes, delincuentes o desadaptados.

A pesar de eso, los pintorescos camajanes, los nadaístas escandalosos, los pandilleros de barriadas populares, surgidos de la marginalidad y de la exclusión, los militantes del movimiento estudiantil y los *hippies* de fin de semana, también estaban allí, expresiones autóctonas de rebeldía juvenil, al ser productos de nuestras propias realidades. Fueron ellos los que hicieron sentir la protesta juvenil en Medellín, pasada

la primera mitad del siglo XX. La expresaron desde lo estético, desde las nuevas miradas al cuerpo, a la sexualidad, promoviendo el consumo de marihuana, dejando escuchar abiertamente su posición frente a la Iglesia y el Estado o robando para poder subsistir.

Los días 18, 19 y 20 de junio de 1971 se realizó el Festival de Música de Ancón, en el recién creado parque municipal del mismo nombre perteneciente a la ciudad de Medellín, pero ubicado en jurisdicción del municipio de La Estrella. El evento partió en dos la historia de la juventud en el país y se convirtió en símbolo de esa generación. Por primera vez, los jóvenes pudieron expresarse libremente y ser ellos sin censura de ninguna clase: tres días de música, naturaleza, paz, amor libre y marihuana.

En el Festival de Música de Ancón, “quiebre a la tradición paisa”, tal vez se reunieron representantes de todos estos sectores juveniles y de otros más. Con esta emulación local de Woodstock se abrió un nuevo capítulo en la historia de la juventud en el país: los jóvenes estaban conscientes de su poder, de lo que podían lograr sin importar lo que la Iglesia y los sectores más tradicionales opinaran. Ahora eran ellos los arquitectos de su propio destino. La década de los sesenta les sirvió para hacerse sentir, para ser reconocidos, para reclamar mayor libertad; el reto para ellos y para las

generaciones posteriores ha sido conservar lo alcanzado.

#### Notas

<sup>1</sup> “Histeria colectiva” en: *Cromos*, Bogotá, marzo 2, 1964, pp. 6-9; “Actúan los Beatles” en: *El Correo*, Medellín, agosto 6, 1964, p.6.

<sup>2</sup> Para 1964 existía una serie de clubes y agrupaciones juveniles en Medellín. Una de las más poderosas marcas de refrescos en el mundo, Pepsicola “el refresco de la amistad”, que cuatro años atrás años antes había establecido una planta embotelladora en la ciudad, patrocinó y realizó el 18 julio de 1964, con RCN y su Emisora Siglo XX, el Festival de Juventud; entre las actividades que se llevaron a cabo estuvieron la presentación de agrupaciones musicales como los Golden Boys y el concurso de bailes juveniles *twist* vs. tango.

<sup>3</sup> “Primer Manifiesto Nadaísta. El nadaísmo y los cocacolos”, *Manifiestos nadaístas*, pp.48-55.

**Diego Alexander Herrera Duque** es historiador de la Universidad de Antioquia.

Se graduó con una tesis titulada: *De nadaístas a hippies. Los jóvenes rebeldes en Medellín en el decenio de 1960*. Escribió este texto especialmente para la *Agenda Cultural*.